

Una nota necrológica para Manuel Bermúdez

César Alzate Vargas

Periodista y escritor, profesor de Periodismo en la Universidad de Antioquia, cesar.alzate@udea.edu.co

Me han pedido que escriba una carta abierta y con toda la honestidad lo he intentado, Manuel, amigo mío del alma; he ensayado a hablarte como si estuvieras vivo en alguna dimensión, y me doy cuenta de que todavía estoy demasiado afectado por esta muerte, que el voseo y la confianza, el desparpajo del lenguaje, no me son naturales ahora. Tengo que dejar pasar el tiempo para que los dolores se alivien y ese tono fluya; escribir, cuando el dolor no me contamine la crónica, en un lenguaje que sepa hacerse creer y cuente todo lo que debe contarse sobre esa existencia, la de un hombre que fue capaz de vivir como le vino en gana, con toda la libertad posible, y que murió cuando consideró que ya no se justificaba continuar, pero cuya muerte no fue la que él había construido, gritona, llamativa y feliz, sino una que devino de circunstancias en las que todo lo que amaba se le evadió con acritud. Ensayaré un estilo más docto, el de quien se despide de un amigo que ha muerto, claro, pero, sobre todo, el de quien enuncia los méritos del fallecido.

Podría decir que Manuel José Bermúdez Andrade llegó a la vida en el barrio Santander, en las laderas del noroccidente de Medellín, y que su destino anómalo se manifestó desde el comienzo, cuando fue registrado con unos apellidos que no correspondían: el de un papá que no era el suyo y el de una mamá que tampoco llevaba el apellido paterno. Fue el menor de quince hijos hombres, machos de barrio popular, en una época en que Medellín intentaba ser ciudad grande pero antes necesitaba que alguien le gritara verdades a la cara en cada uno de los campos en que una ciudad es grande. De la india Ofelia, además de la vida, recibió lo que ella podía dar, que era un amor cómplice, a veces un tanto confuso, y una que otra dádiva material. Se refería a la madre por su nombre de pila, la relataba como parte de una leyenda y la evocaba con una ternura poco usual en su carácter recio. Ofelia murió en 1999; fue

una de las dos veces en que lo vi llorar. Cuando todo empezó, no le pidió permiso: le hizo saber muy pronto que su amor y su deseo estaban puestos más allá de lo que la norma establecía. Años después, convertido en miembro de la primera pareja de hombres que formalizaba en Colombia un vínculo a través de contrato de unión marital de hecho, recordaba en su blog *Maricadas que uno piensa* los inicios de su vida por fuera del clóset, en un texto titulado “Red de afectos”, de enero de 2001:

[...] aquellas épocas de escuela en que me enamoré del primer hombre —bueno, del primer niño— y que su mamá lo hizo retirar de mi lado por temor a que se lo contaminara de mariconería. A esa edad, escasos siete años, mis fantasías no me alcanzaban aún para imaginar los placeres de la carne que con tanto apremio trataba de negarme la Santa Madre Iglesia en los sermones del domingo. Lo mío era un sublime enamoramiento. La admiración por un angelito cuyo rostro y sonrisa me elevaban al más puro y sacro de los recintos celestiales.

Así, pues, de las muchas cosas que hizo Manuel la más importante fue asumir su condición sexual como una misión. Al Medellín de los ochenta ya le había acontecido el terremoto de León Zuleta, el primer hombre homosexual que abofeteó a la parroquia atreviéndose a exhibir en público su maricada y a traducir en pensamiento el gusto y el amor por los individuos de su género. Un muy joven Manuel coincidió por ahí con León y lo admiró, hasta que este fue asesinado en agosto de 1993. En las tres décadas que siguieron sobrevino en la ciudad un nuevo terremoto. Manuel decidió hacer de su vida una militancia, no tanto por exhibicionismo —que algo había de ello— o por el mero capricho de escandalizar a paisas de mentes estrechas, sino porque creía que imponiendo el tema lograría naturalizarlo hasta que fuera posible la mayor conquista del sector de las múltiples facetas: no tanto que los miembros de la comunidad LGTBIQ+ consiguieran la aceptación

de la sociedad, sino que esta dejara de inquietarse por los gustos amorosos y sexuales de los demás. Escribió cuando se lanzó al Senado en 2001:

Los excluidos no podemos seguir ocultándonos ni fortaleciendo guetos. Por tal razón, de frente al país, y al país que soñamos, pretendo fortalecer la visibilización de los y las homosexuales como seres políticos y entre todos y todas aportar a la solución de los conflictos sociales en Colombia.

Habría que anotar que resultó triunfador en esta campaña, como cuatro años antes resultó triunfador al lanzarse de candidato gay al Concejo de Medellín, a pesar de que ni en una ni en otra elección obtuvo el escaño. Consiguió, sí, lo que pretendía, que era lo mismo que pretendía cuando llegaba a un escenario nuevo, fuera la casa de mi mamá, la peluquería de la cuadra, un aula de clases en Apartadó o el seno de un partido de izquierda o de derecha: imponer el tema, normalizar la maricada. Vivirla y pensarla; integrarla sin miedos al acontecer diario de cada sujeto.

También decía en aquella entrada del blog sobre la visita a la casa familiar del amado en su primera navidad de casados:

Los hombres y las mujeres homosexuales debemos propiciar espacios y decidírnos a disfrutar del placer del afecto en familia y sin temores. Dejar de ser maricas y decidírnos a educarnos, y a educar a gays, lesbianas y familias cercanas para que vean con naturalidad nuestras manifestaciones de afecto.

Su tarea iba más allá todavía: con el tiempo llegaron otros individuos a la relación y la pareja llegó a ser trijea, tetrajea y luego de nuevo trijea cuando uno de ellos murió de cáncer. La lucha de Manuel por normalizar lo que la sociedad suprimía por transgresor alcanzó logros insospechables: primero, que se les reconociera a dos sobrevivientes la pensión del tercero fallecido; y, después, que a los tres de una relación se les permitiera formalizar su familia a través de un contrato de unión marital de hecho.

Manuel José murió en algún momento entre el 19 de enero de 2024, cuando se fue, y el 8 de marzo, cuando hallaron su cadáver en zona rural del municipio de Santo Domingo. Aun estuvo insepulto más de dos meses y medio, hasta el 28 de mayo, dirá la Fiscalía por qué razón. Tal vez suene pertinente esto que escribió en otra columna de 2001, llamada “Una historia llena de principios”:

La tierra de los cementerios no distingue a quienes acoge entre buenos y malos. Policías, narcos, soldados, guerrillos, paracos, políticos —de los corruptos y de los otros—, reinas de belleza o religiosos inconsecuentes, adquieren allí nuestro lugar común: seres humanos. Moléculas que se transforman para continuar el único camino que ningún violento podrá trancar. El camino de la vida en el universo.

Además de líder social y activista de minorías sexuales, fue periodista, escritor, comunicador, actor, político y profesor de la Universidad de Antioquia. Y aquí vuelvo a hablarle, a hablarte, Manuel: también fuiste un gran amigo. 🇨🇴

Carlos Motta / Corpo Fechado: Portrait of José Francisco Pedroso with his "bolsa de mandinga", 2018
Series of 4 digital C-prints / 101,6 x 152,4 cm / 40 x 60" each Cortesia Mor Charpentier, Bogotá/Paris

